

El claro acento de Méjico

WILSON y Roosevelt dejaron descendencia. Hablamos de la descendencia espiritual, de los hombres que se inspiran en el sentido de justicia que hizo del primero un faro universal, y de los hombres demasiado exuberantes que subordinan todo al interés del orgullo. Orgullo colectivo, desde luego, anhelo de expansión, criterio imperialista, que sacrifica al ansia de crecimiento nacional los derechos de los menos fuertes.

En la secretaría de Estado de la más poderosa república del mundo acabamos de ver dos individuos que con las diferencias esenciales entre seres de conformación distinta, se acercan por determinados aspectos a los tipos encarnados en los dos ex-presidentes. Hughes es el jurista, el hombre reposado, meditabundo, de alto sentido moral. Kellog es el Lansing de ahora en cuanto a su situación como sujeto de segunda fila en la política, elevado a la altísima posición que ocupa por el capricho de la amistad personal, ostentoso como un diplomático vacuo y amigo de las palabras violentas.

Son dos extremos dentro del mismo partido. Son dos políticas dentro del mismo sistema. Guardadas proporciones y hechas las distinciones que convienen a hombres muy desemejantes por otros varios aspectos, podría decirse que Hughes tiene algo de Wilson, y Kellog algo de Roosevelt. Sólo que Roosevelt daba importancia al puesto y el puesto le da importancia a Kellog. La tentativa de imitación por parte de éste ha consistido en tomar en sus manos vacilantes el *big stick* que el otro blandió con manos vigorosas. Para el ensayo infeliz escogió a Méjico.

Con demasiada audacia o con demasiada torpeza quiso presentarse como tutor regañón de un pueblo libre. Olvidado de la diplomacia en que había hecho carrera, a sabiendas de la comparativa debilidad del vecino y con palabras injustas e injuriosas, pretendió acusarlo ante el mundo. Sugirió, para perjudicarlo, la ausencia de garantías para los ciudadanos y los capitales de fuera, y en insolente tono exigió remedios para males que no existen sino en su imaginación exaltada.

Mas dió el alto el centinela. Sin bravuconadas, sin ofensas, con el bien timbrado acento de quien tiene la razón y sabe volver por los fueros de la dignidad ultrajada, el presidente Calles rechazó el agravio, desmintió las informaciones del secretario ambicioso y dió a todos los pueblos que en ese momento lo escucharon, o sea a los del mundo entero, una lección de decoro.

Méjico no reconoce a ningún país el derecho de intervenir en sus asuntos interiores ni está dispuesto a subordinar sus relaciones internacionales a las exigencias de un poder extranjero. Tampoco admite que gobierno alguno pretenda crear en el país una situación privilegiada para sus nacionales. Así dijo el presidente y así ganó el aplauso de todos los que saben que ante el derecho firmemente defendido retrocede la fuerza.

En todos los países de la América que habla la lengua de Castilla hay urgencia de capital extranjero. Riquezas aladinescas aguardan, para surgir, la presencia de esa lámpara mágica. Pero es mejor que duerman si su descubrimiento ha de mplicar una merma de la soberanía. Toda ayuda de las grandes potencias debe ser aceptada con júbilo siempre que no llegue a buscar la parte del león en cada empresa. Por los claros caminos del provecho mutuo han de acercarse los que sólo buscan colocación segura para sus dineros. Pero los que llegan con careta, con móviles ocultos, o por las encrucijadas que el delito frecuente, deben ser rechazados como foragidos.

Es lástima que hombres de los Estados Unidos que contrarían el pensamiento benévolo de los fundadores y el alto

ejemplo que dejaron presidentes de la talla de Lincoln, traten de renovar la inquietud en los pueblos de la América Latina. Todo lo que en la gran república es conciencia de la altísima misión a que se ve llamada por el destino que la favorece, ha de indignarse ahora ante actitudes que comprometen la confianza que anhela inspirar para el mejor provecho de sus actividades económicas.

Kellog siembra el recelo y de ese modo sirve mal a su patria. Pero Méjico, si conserva la serenidad y no abandona el camino de cordura y de firmeza que le indica su propio mandatario, contribuirá a provocar la reacción que haga imprescindible el retiro del secretario de Estado. Por ese resultado hacemos votos, al saludar con alborozo el ademán magnífico con que Calles ha recordado a los Estados Unidos el *mind-your own business* que constituye el onceavo, pero no el menos importante, de los mandamientos.

L. E. NIETO CABALLERO

(El Gráfico. Bogotá).

Agustín Nieto Caballero

AGUSTÍN Nieto Caballero acaba de llegar a Medellín, donde se le hizo una espléndida recepción, y dentro de un mes estará entre nosotros.

De todos los hombres nuestros que van trashumantes por el mundo, ninguno como Nieto Caballero llevaba tan bien en sus manos el estandarte austero de un apostolado más sincero y más desinteresado. El ha ido representándonos en el mundo contemporáneo, incansablemente, y ha recorrido toda la América del Sur y Europa, dictando conferencias, consiguiendo maestros, haciendo labor de propaganda. En muchas partes antes de la llegada de Nieto no se tenía ni una idea vaga de nuestro país, y ha sido una bella sorpresa para ellos cuando Nieto Caballero les ha relatado la labor pedagógica del Gimnasio Moderno.

Agustín Nieto Caballero ha sido el mejor embajador que hasta hoy ha tenido Colombia en tierras extranjeras. Sin misión oficial, sin otro título que el de buen colombiano, él fué por América y por Europa haciendo conocer honrosamente a nuestra patria, hablando de ella con entusiasmo férvido, representándola de dignísima manera, y en muchos lugares por donde él pasó se tiene ya de nosotros una alta idea, en lugar de la antigua ignorancia. Es apenas justo que al regresar a Bogotá, la ciudad le manifieste de manera explícita su agradecimiento y su orgullo de tener un hijo que tanto la enaltece.

El Gimnasio, obra de sus manos incansables, animado de su espíritu generoso, es un milagro en nuestros riscos hoscos a la civilización cultural. Está representando todas las modernas tendencias educacionistas, y ha sido Nieto Caballero, con Tomás Rueda Vargas, con Gaviria, Tobón y todo ese grupo discreto de maestros, el iniciador de esas reformas, audaces en nuestro medio balbuciente.

Y tras de Nieto, con un mes de retardo, llegará su obra, el resultado de su viaje. El profesor Decroly, y los otros maestros, casi todos suizos y belgas, que vienen con él en una misión cultural de extraordinario valor, que es el fruto de este nuevo esfuerzo suyo, esfuerzo propio y nobilísimo, digno de la más honda gratitud nacional.

Saludamos a Nieto Caballero y le deseamos que lo más pronto posible esté otra vez en esta su ciudad que tanto le quiere y tanto le admira, y que le debe tanto.

(El Tiempo. Bogotá).